

el poder a la visión de la verdad y de la historia: «Yo no escribo la historia. La hago. Puedo rehacerla según mi voluntad, ajustando, reforzando, enriqueciendo su sentido y verdad».

Los anónimos, de otro lado, juegan con una apariencia de verdad en el mensaje y en el emisor y carecen de una existencia propia si pensamos que se apoyan en la palabra y en el nombre de otro, en este caso el Supremo. Pero no sólo los anónimos están asociados a la mentira, incluso lo que el Supremo dice será cambiado y convertido entonces en mentira, fenómeno del cual el personaje está absolutamente consciente:

Las palabras de mando, de autoridad, palabras por encima de las palabras, serán transformadas en palabras de astucia, de mentira. Palabras por debajo de las palabras. Si a toda costa se quiere hablar de alguien no sólo tiene uno que ponerse en su lugar: Tiene que ser ese alguien.

Esta última es, prácticamente, una aspiración imposible; la realidad no puede ser trasladada a la escritura sin ser reinterpretada y convertida en ficción; hasta para los historiadores es difícil abstenerse de este designio: el personaje que escriben será siempre otro y ese otro será el que perdure en el tiempo. Discurriendo acerca de la irrealidad de los personajes reales y la realidad de los personajes de ficción, el Supremo afirma:

Doscientos años más tarde, los testigos de aquellas historias no viven. Doscientos años más jóvenes, los lectores no saben si se trata de fábulas, de historias verdaderas, de fingidas verdades. Igual cosa nos pasará a nosotros, que pasaremos a ser seres irreales-reales. Entonces ya no pasaremos.

Mientras que historiadores y testigos se valen de la escritura pero no manifiestan tener conciencia de ella, el Supremo conoce los vericuetos estilísticos y lingüísticos y los expone, y aunque se refiera despectivamente a la literatura se halla inevitablemente atrapado por ella, por su afición a la fabulación y porque su existencia misma en los escritos es la de un personaje de ficción. Leamos lo que el Supremo advierte a su amanuense:

No te estoy dictando un cuenticulario de nimiedades. Historias de entretén-y-miento. No estoy dictándote uno de esos novelones en que el escritor presume el carácter sagrado de la literatura. Falsos sacerdotes de la letra escrita hacen de sus obras ceremonias letradas. En ellas, los personajes fantasean con la realidad o fantasean con el lenguaje. Aparentemente celebran el oficio revestidos de suprema autoridad, mas turbándose ante las figuras salidas de sus manos que creen crear. De donde el oficio se torna vicio.

Quien esto expresa no sólo pone en duda la visión de la literatura como un exclusivo círculo para iniciados, sino que zahiere la figura del escritor ufano y centro de su propio mundo inventado. La crítica abarca tanto las concepciones de la época en que vive el Supremo (siglo XIX) como las de esta centuria en que el Compilador da forma final a los textos que integran la novela. El individuo sacralizado en su oficio

es sólo una quimera porque, en el fondo, es únicamente un «repetidor». Más adelante, el personaje se refiere a un primitivo «escritor» colectivo que sí tuvo la calidad de sagrado por la función que desempeñaba de dar forma a las expresiones fundamentales de un grupo humano. Es decir, que mientras se rechaza la sacralidad de un individuo se acepta la de un pueblo, conjugándose así la obsesión por la construcción de la nacionalidad en el Supremo con la subrepticia reivindicación de la tradición oral del Paraguay, como parte integrante de su cultura, que desliza entre líneas Roa Bastos. El escritor aquí mencionado es también una denominación metafórica, un encubrimiento del narrador oral:

Hubo épocas en la historia de la humanidad en que el escritor era una persona sagrada. Escribió los libros sacros. Libros universales. Los códigos. La épica. Los oráculos. Sentencias inscritas en las paredes de las criptas; ejemplos, en los pórticos de los templos. No asquerosos pasquines. Pero en aquellos tiempos el escritor no era un individuo solo; era un pueblo. Transmitía sus misterios de edad en edad. Así fueron escritos los Libros Antiguos. Siempre nuevos. Siempre actuales. Siempre futuros.

Aunque la mayor parte de las veces el Supremo se define a sí mismo por lo que hace y dice acerca de temas varios, también es visto por otros, bien sea de manera favorable o desfavorable, trátese de sus partidarios o de sus detractores. Una de esas definiciones corresponde a la mente de un niño que desarrolla una composición escolar y que, más cerca de la fábula que de la verdad histórica, logra una construcción metafórica de los dos aspectos más importantes ligados al Supremo en la novela, el poder y la escritura:

El Supremo es el Hombre-Dueño-del-susto. Papá dice que es un Hombre que nunca duerme. Escribe día y noche y nos quiere al revés. Dice también que es una Gran Pared alrededor del mundo que nadie puede atravesar.

El Supremo, escribiente y gran lector, puede, en cambio, atravesar cualquier frontera, incluso la temporal, y conocer lo que otros escriben o escribirán sobre él. Como narrador hace la descripción de su amanuense Patiño y habla premonitoriamente del futuro compilador; sus opiniones acerca de ellos no son positivas pues, de la misma forma que un autor piensa de un traductor, los ve como elementos que intervienen en sus textos para cambiarlos, para traicionarlos. Lo relevante de esas referencias es, precisamente, aquello que toca a la escritura o a la manera como ellos la emprenden y la insatisfacción del Supremo expresada en términos despectivos:

¿Quién escribirá esos libros? Gente ignorante como tú. Escribe de profesión. Embusteros fariseos. Imbéciles compiladores de escritos no menos imbéciles.

Desde hace más de veinte años eres el escribano mayor del Gobierno, el fiel de fechos, el supremo amanuense, y no conoces todavía los secretos de tu oficio. Tu don escriturario continúa siendo muy rudimental. Poco, mal y peor atado.

Te estás pareciendo a esos ampulosos escribas, los Molas y los Peñas, por ejemplo, que se creen unos Tales de Mileto y no son más que unos tales por cuales. Aun presos se pasan ratereando los escritos ajenos. No te empeñes en imitarlos. No emplees palabras impropias que no se mezclan con mi humor, que no se impregnan de mi pensa-

miento. Me disgusta esta capacidad relativa, mendiga. Tu estilo es además abominable. (...) Lo que te reprocho principalmente es que seas incapaz de expresarte con la originalidad de un papagayo. No eres más que un biohumano parlante. Bicho híbrido engendrado por especies diferentes. Asno-mula tirando de la noria de la escribanía del Gobierno. En papagayo me habrías sido más útil que en fiel de fechos. No eres ni lo uno ni lo otro.

De otra parte, un personaje como el amanuense, que manifiesta su parecer cuando dialoga con el Supremo, hace observaciones sobre su función de copista reconociendo su incapacidad para aprender ciertos niveles del discurso del Dictador o, peor aún, para pensar siquiera al tiempo que copia:

¿Vas entendiendo, Patiño? Para decirle toda la verdad, no mucho, Señor. Mientras escribo lo que me dicta no puedo agarrar el sentido de las palabras. Ocupado en formar con cuidado las letras de la manera más uniforme y clara posible, se me escapa lo que dicen. En cuanto quiero entender lo que escucho me sale torcido el renglón. Se me trasapelan las palabras, las frases. Escribo a reculones. Usted, Señor, va siempre adelante. Yo, al menor descuido, me ataranto, me atoro.

El Compilador define su mester indirectamente a través de los datos que acumula, actitud que lo configura como un investigador y un acopiador de frases ajenas. Aunque es el que más encubre su identidad, empezando por la ausencia de nombre, tras anotaciones que aspiran a la precisión y que, por lo general, desechan la primera persona, unas pocas señales nos permiten ubicarlo y especular acerca de su existencia fuera de los textos. La primera vez que dice «yo» es en la segunda de sus anotaciones («Ancianos de su época a quienes consulté...»; «A propósito de mi viaje...»), en la cual cuenta un episodio en el que se ve envuelto debido a la caída al agua de su «magnetófono» y de su «cámara fotográfica» que, junto con los «cassettes», son elementos asociados a este siglo y a las funciones de investigador, antropólogo o periodista. En otra de sus notas menciona a Jorge Luis Borges y su *Historia de la Eternidad*, y en las que citamos a continuación no solamente aporta aproximaciones temporales sino que sugiere de diversas maneras que su presencia en la ficción equivale a la del «escritor» Augusto Roa Bastos. En primer lugar, en un nota remite al Apéndice («Como se verá en el Apéndice»), que es un conjunto de textos escritos en este siglo y fechados en el año 1961, y hacia el final del Apéndice incluye también una nota; de este modo se presenta como investigador de documentos del siglo pasado y de éste. En segundo lugar, y en una actitud insólita pues no alude a la fuente, describe en otra anotación un pasaje del primer capítulo de *Hijo de hombre* (1960), el cual es incluido con ligeras variantes hasta el punto en que queda en esa novela y continuado aquí como si la misma voz lo retomara; al presentar el fragmento, el Compilador califica a quien transcribe este relato de «mediocre escriba», una crítica paralela a las que el Supremo hace a su amanuense. Esta cita sin ficha bibliográfica hace suponer que ha sido entresacada de sus propios escritos. En tercer lugar, este personaje se siente obligado a aclarar un aparente error en un informe citado, en el cual está escrito Roa por Cantero sin ninguna explicación; la aclaración del Compilador hace que la atención del lector se

fije mejor en ese supuesto error y que la ansiedad que manifiesta por deslindar responsabilidades revele el temor a que se descubra su nombre oculto. Y, en cuarto lugar, una frase perdida en uno de los textos finales del Supremo podría interpretarse como una clave que ubica en el tiempo a quien escribe (o reescribe) la novela, identificado con la persona «ÉL» a la que a menudo se refiere el personaje:

La uña del índice me apunta. Me atraviesa. ÉL sonríe. Durante doscientos siete años me escruta en un soplo al pasar. Ojos de fuego. YO haciéndome el muerto.

Tal persona («ÉL») encubre al personaje mismo en una de sus facetas, como veremos después, pero también designa de manera velada a todos aquellos («narradores») que han reconstruido el personaje del Supremo a través del tiempo, haciéndolo permanecer, el último de los cuales es el Compilador. Si tomamos como punto de partida de esos «doscientos siete años» la fecha de nacimiento de José Gaspar Rodríguez de Francia, 1766, momento desde el cual su figura sería rastreada, llegamos hasta 1973, año previo a la publicación de *Yo El Supremo* y en el cual esta novela pudo estar terminada.

Los personajes escribas, el Supremo y el amanuense, se distinguen desde el punto de vista del estilo por sus modos de decir que los definen como figuras opuestas: el ilustrado frente al ignorante. Esta relación de oposición se hace muy evidente en las constantes recriminaciones que le hace el primero al segundo, en sus correcciones y en su insistencia en enseñarle a escribir y a modificar su estilo, inútilmente sobrecargado. Los dos asuntos fundamentales que se tratan en los diálogos entre ambos son los que conciernen al gobierno y a la escritura, a partir de la aparición del pasquín. La personalidad contradictoria del Supremo se refleja también cuando aborda el tema de la escritura y todo lo que ella implica; tratándose de un personaje culto, poseedor de infinidad de recursos lingüísticos y estilísticos que a menudo demuestra es quien más aboga por el despojamiento de todo lo que resulta accesorio en la expresión, llegando a veces al punto de aspirar a que la palabra se acerque lo más posible al silencio:

Cuando te dicto, las palabras tienen un sentido; otro, cuando las escribes. De modo que hablamos dos lenguas diferentes. Más a gusto se encuentra uno en compañía de perro conocido que la de un hombre de lenguaje desconocido. El lenguaje falso es menos sociable que el silencio. (...) Lo que te pido, mi estimado Panzancho, es que cuando te dicto no trates de artificializar la naturaleza de los asuntos, sino de naturalizar lo artificioso de las palabras. Eres mi secretario ex-cretante.

Y, más adelante, insiste el Supremo:

Vamos a realizar juntos el escrutinio de la escritura. Te enseñaré el difícil arte de la ciencia escriptural que no es, como crees, el arte de la floración de los rasgos sino la desfloración de los signos.

Si por un lado, el amanuense altera vocablos o los utiliza fuera del contexto adecuado restándoles sentido, por otro, el Supremo lleva a cabo modificaciones morfológicas con pleno conocimiento de la amplitud de sentidos a que da lugar. Si bien el recurso